

“UN HONOR SER BANQUERO...”

A pesar de los diversos viajes que tuve que hacer en 1924, pasé la mayor parte del año en Medellín, que aún me gustaba como desde el principio y donde había adquirido un amplio círculo de conocidos y amigos. En el transcurso del tiempo había sido elegido también miembro de la Cámara de Comercio y vicepresidente del Club Unión. De este último honor hubiera prescindido con gusto, si hubiera podido; además, no tenía talento para este puesto por falta de interés en la vida social.

Como vicepresidente, me vi una vez en la situación de ofrecérseme la presidencia de una corrida de toros que tendría lugar en honor al club. Recibí un día una carta del alcalde en la cual se me comunicaba que se me había nombrado presidente de la corrida de toros a realizarse el domingo siguiente. El alcalde me acompañaría, como era costumbre. En realidad, ese honor debía haberlo recibido el presidente del Club Unión, un señor Ricardo Botero, pero se encontraba en una de sus haciendas y no estaba disponible. Creo que se había dado cuenta de lo que le esperaba y desapareció a tiempo. Ya en aquel entonces había mucha gente culta que desaprobaba por completo el espectáculo de la corrida de toros, pero el pueblo seguía yendo con entusiasmo y el espectáculo aún se consideraba un evento muy importante, que era supervisado y reglamentado por las autoridades.

Tan pronto recibí la carta hablé por teléfono con el alcalde, agradecí el honor y al mismo tiempo lamenté no poder aceptar la presidencia porque no condecía con mis convicciones, bien conocidas entre mis amigos, que rechazaban por completo la corrida de toros. El alcalde estaba molesto por mi negativa y varios miembros del club también trataron de convencerme de hacer esta vez una excepción. Algunos me señalaron que unas jóvenes y bonitas damas de la sociedad siempre eran invitadas al palco del presidente y del alcalde, pero esta situación tampoco me hizo vacilar. La corrida de toros tuvo lugar sin mi presencia, pero en el programa sí estaba mi nombre como presidente; ya estaba en la imprenta cuando se me notificó y cuando lo rechacé era demasiado tarde para imprimir programas nuevos.

Hasta ese momento había visto cinco corridas de toros, tres en Bogotá, una en Medellín y otra en Barranquilla, sin que me hubiera parecido otra cosa que una carnicería torpe y torturante. Una vez en Bogotá vi cómo un toro recibió de un torpe matador tres banderillas clavadas en la nuca, sin que ninguna le causara una herida mortal. Mugiendo de miedo y dolor el pobre animal corrió varias veces por el ruedo, hasta que se derrumbó por la pérdida de sangre, y una puñalada en la nuca terminó con su sufrimiento. Escenas tristes similares se presentaron también en otras corridas de toros que vi. No podía admirar el valor demostrado por los toreros, que debilitaban al toro con el agotamiento y la pérdida de sangre hasta lograr que ya no hubiera suficiente vida en él cuando el matador lo enfrentara para darle el golpe final con una estocada. Además no me acuerdo haber visto un solo toro que haya estado realmente dispuesto a la lucha y el ataque. Sí vi varias veces que el pobre animal, en su miedo, saltaba el alto cerco que rodeaba al ruedo para escapar de sus torturadores, pero no le servía de nada, pues de nuevo era arriado enseguida hacia allí. Quizás los toros españoles eran diferentes, pero los colombianos, de los cuales he visto tantos en las fincas, eran en general animales mansos, tranquilos. La mayoría de los así llamados 'toros' que eran utilizados en Colombia para las corridas, no eran siquiera toros, sino comunes bueyes de engorde (en 1929 tuve la oportunidad de ver en España una 'clásica' corrida de toros, mas renuncié a esta 'diversión').

A mi círculo de conocidos y amigos pertenecían también integrantes del clero católico, aún muy influyente en aquellos tiempos, entre quienes se encontraban algunas personalidades interesantes. Mi amigo más antiguo era el padre Pelayo Gil, un monje franciscano de procedencia española que había conocido como cliente de cámaras fotográficas en la empresa Pehlke. Era una persona culta, de buena apariencia. En uno de sus viajes a Palestina me trajo una botellita de agua bendita del Jordán, que posteriormente le regalé a mi madre, la cual, como buena católica que era, la valoró mucho. Cuando falleció, se la pusimos en su féretro.

Otro amigo era el abate del convento franciscano en Medellín, el padre Benito Navarro, también español, pero aparentemente de origen más sencillo. Mientras que el padre Gil causaba una impresión alejada de la mundanidad, más espiritual, el padre Navarro era bastante experimentado en las cuestiones de este mundo. Incluso era un comerciante muy hábil. Para su convento importaba no solo estatuas de santos y cosas parecidas desde España e Italia, sino también excelentes vinos y licores españoles. Fue a través de las remesas asociadas a estas transacciones que lo conocí. En una de mis visitas al convento me condujo por el edificio, cuyas habitaciones daban la impresión de ser muy sencillas, pero acogedoras. A continuación le dije que en caso de que

quisiera retirarme alguna vez al convento, ¡definitivamente lo contactaría a él! Al final me condujo al refectorio, el salón comedor, donde me anunció que ahora me haría tomar una copa del mejor vino del convento. Nos dirigimos hacia una mesa y después de unos minutos apareció un hermano mayordomo con una bandeja en la cual me traía, con una sonrisa afectuosa, una gran copa de plata con vino. Este era excelente, pero bastante fuerte, por lo que, dada la hora aún muy temprana de la mañana, tuve que renunciar al ofrecimiento de un nuevo llenado de la copa. Este vino, aparentemente de dieciséis años, no era para comprar.

Tenía además diversos conocidos entre los jesuitas, que dirigían la mejor escuela superior de varones en Antioquia, uno de los cuales era el doctor Jesús María Sierra, rector de la Universidad de Antioquia. Este me visitó varias veces con el deseo de que yo ofreciera una serie de clases sobre gestión financiera y bancaria en la universidad. La propuesta me atrajo y me hubiera gustado aceptarla; sin embargo, teniendo en cuenta que el rápido ascenso de nuestro banco nos había traído muchos envidiosos y que en especial los de la competencia seguían con la mayor atención y envidia todo lo que hacíamos, después de profundas reflexiones, incluso con nuestros consejeros de la Junta, algunos de los cuales sugirieron inicialmente que debería aceptar la propuesta, preferí abstenerme. ¡El doctor Sierra se disgustó por mi negativa, aunque fue formulada de forma muy diplomática, pero desperdicé la única oportunidad en mi vida de que se me confiriera el título de doctor por parte de una universidad! Dicho sea de paso, a pesar de esto, ocasionalmente se dirigían a mí usando el título de doctor, especialmente clientes provenientes del campo. Entre los jesuitas, los alemanes y alsacianos estaban bastante bien representados. Había mucha gente inteligente y muy culta entre ellos.

También conocí al muy estricto jefe supremo de la iglesia en Antioquia, el arzobispo Caicedo. Era un hombre de presencia digna, que gozaba de gran prestigio, pero debido a la implacabilidad con la cual insistía en los derechos de la Iglesia y en los deberes de los creyentes, era más temido que apreciado. En el membrete de sus cartas estaba impreso ‘Gobierno Eclesiástico’ y había momentos en que era dudoso cuál expresión era más decisiva, si ‘eclesiástico’ o ‘gobierno secular’.

Incluso con el jefe de este último, el gobernador, general Pedro Justo Berrío, me entendía muy bien. Era un anciano honorable, de carácter intachable, cuya palabra era absolutamente digna de confianza. Recuerdo que una vez le di un adelanto de cien mil pesos para el departamento por unos días, teniendo solo su palabra de garantía. Esto sucedió en las negociaciones con el banco referentes al otorgamiento de un crédito mucho mayor, cuando el general Berrío me dijo por teléfono que el cumplimiento de todas las formalidades de ley para

el crédito demandaría unos días, pero que él necesitaba urgentemente cien mil pesos en ese momento, y me preguntó si yo veía una posibilidad de ayudar al gobierno departamental a salir de este apuro. Le di el dinero a cambio de un recibo firmado por él y su secretario. No era un hombre rico; a excepción de una propiedad en el campo, no muy productiva, ubicada cerca de Santa Rosa de Osos, en las frías tierras montañosas, casi no tenía bienes. Era un hombre valiente.



Procesión del *Corpus Christi* en Medellín

Cuando yo aún residía en el hotel Europa, en la zona de los mercados cubiertos, donde vivía la peor parte de la población de Medellín, un atardecer se inició una revuelta por una razón que no recuerdo y se propagó rápidamente hasta el centro de la ciudad. Los cabecillas comenzaron a violentar los negocios cerrados, romper ventanas y hasta en mi habitación del hotel entró una gran piedra. De súbito se escuchó el ruido de tambores. Salí al balcón y vi cómo la policía armada con fusiles venía marchando por el parque Berrío, y a

la cabeza marchaba el gobernador. Sin apresurarse se había adelantado unos pasos, con la mano en su bastón y en la cabeza su habitual sombrero de copa negro. Cuando unos sujetos alterados se le pusieron en el camino y le gritaron a la cara sus ‘¡abajos!’, los agarró con sus manos, los empujó hacia los policías para su detención y siguió caminando tranquilamente. Después de una media hora finalizó la revuelta sin consecuencias serias.

A través de mis extensas relaciones personales y comerciales y los muchos viajes, había adquirido un conocimiento muy preciso del territorio y de la gente en Antioquia, y dado que mis impresiones eran en su mayoría favorables, me sentía totalmente en casa. Participé de la vida pública en la medida permitida a un extranjero y me alegraba cuando con ayuda de un crédito del banco se podía fomentar un trabajo público. Ya dominaba el idioma español perfectamente y en ocasiones escribía artículos comerciales para los periódicos.

Sin embargo, a pesar del enorme círculo de conocidos del que dispuse en el transcurso del tiempo en Medellín, no llevaba una vida social muy activa. Excepto ocasionales visitas que le hacía al matrimonio Gundlach y visitas aún más esporádicas a otras familias locales y extranjeras, mi actividad social fuera del ámbito comercial se limitaba casi solo al Club Unión y al más reciente Club Campestre. Yo era reacio a aceptar invitaciones y por eso usaba los feriados, en especial las largas semanas de festejos del final de año, para viajes de negocios. Así es como sucedió que más de una vez pasaba Navidad a bordo de un vapor en el río Magdalena.



Patio del Club Campestre, Medellín

Colombia en general, y Antioquia en especial, se caracterizaban por un lento pero sano auge económico. Las ganancias comerciales se mantenían limitadas, mas las condiciones eran seguras. Las condiciones de vida de todos los estratos de la población mejoraron. No había descontento significativo, ni odio de clases, ni dificultades sociales dignas de ser mencionadas. Disturbios como el ya señalado eran la excepción. Salvo pequeños robos y delitos pasionales, la criminalidad no era grande.

En el mundo de los negocios, con algunas excepciones, todavía existía la mayor honestidad. Los acuerdos orales eran tan respetados como los escritos. En algunos casos de cese de pago los deudores se comportaban tan correctamente que los acreedores demostraban el mismo interés tanto de ayudarlos a lograr una nueva existencia como de asegurar sus exigencias. En la concesión de créditos el banco estaba supeditado casi exclusivamente a las declaraciones de personas de confianza, que se evidenciaban siempre como confiables. Los clientes procedentes del campo vivían, en parte, a varios días de camino de la ciudad, en regiones difícilmente accesibles, en las cuales casi no existían autoridades. A pesar de esto, el banco no perdió ni un centavo en el campo agrícola de Antioquia durante los diecisiete años de mi actividad en él. Esto, aunque las garantías hipotecarias casi nunca se exigían. Hubo tiempos en los cuales la necesidad de garantías hipotecarias se aproximaba bastante a una duda expresa de la honestidad del deudor. La hipoteca de la casa, del hogar de la familia, se consideraba casi una vergüenza.

Una de las personas más confiables que conocí en Medellín, e incluso en toda mi vida, fue el abogado del banco, el doctor Daniel Uribe del Valle. Era de una honestidad incorruptible, además de muy versado y hábil en todas las cuestiones comerciales. También, muy religioso, pertenecía a la rama más estricta del Partido Conservador. No tenía otros intereses, fuera de su religión y su familia, que los de su profesión, es decir, de su clientela. Siempre estaba dispuesto a atender a una persona, tenía tiempo para todos y trabajaba hasta altas horas de la noche. De ninguna manera era codicioso. A nadie le mandó una factura por los servicios prestados. El banco había acordado con él un sueldo anual, que al principio era muy reducido. Con el aumento de las transacciones comerciales se incrementó también su trabajo como asesor legal, y no pocas veces era incluido en las sesiones del Consejo de Supervisión, sin la menor insinuación de que consideraba apropiado un aumento de su remuneración. De vez en cuando, por parte del banco se decidía un aumento y se le comunicaba el mismo directamente. Repetidas veces manifestó que le pagábamos demasiado. Con el paso del tiempo percibió realmente un ingreso respetable del banco; en vista de esto, logramos que empleara un abogado más joven como ayudante, lo que era urgente, porque su numerosa clientela no le

permitía dedicarle al banco, su mayor cliente, el tiempo necesario. Su auxiliar era tan conservador y confiable como él, pero, por supuesto, no tan experimentado. Se llamaba Juan de Dios Posada; posteriormente no se mantuvo fiel a la profesión legal, sino que se incorporó al negocio de su padre.



Acción con la firma de Hans Sitar

Después de que el doctor Uribe del Valle concluyera los asuntos de la herencia de Wilhelm Gebhard, le pedí en nombre de la viuda que me dijera cuánto le debía por sus servicios. Se negó a “mandar justamente a la viuda de un amigo una cuenta”. Pero ella era muy pudiente y consciente de que le debía agradecer por los grandes favores al doctor Uribe del Valle, pues había destinado bastante

tiempo a sus asuntos. Para pagarle con algo que él no pudiera rechazar, se decidió poner dos acciones del banco a su nombre y remitírselas simplemente.

Si el doctor Uribe del Valle hubiera querido, fácil podría haberse convertido en un hombre rico. Aunque no era tampoco precisamente pobre, había logrado su capital más por su vida ahorrativa que por la habilidad en ganar dinero. Como consejero en transacciones comerciales fuera de la esfera legal era inútil, debido a su pesimismo ilimitado. Si uno subrayaba que un negocio era absolutamente seguro, entonces contestaba: "Sin embargo usted sabe que son solo las cosas buenas las que se arruinan, ¡las malas ya lo están!". A pesar de su negación a emitir facturas, no tenía especial confianza en la humanidad y mucho menos todavía si los pertinentes eran del Partido Liberal. A pocos de ellos los consideraba clientes deseables del banco. "El Partido Liberal tiene más peso en la cola que en la cabeza", decía a menudo. Era un hombre singular, pero de un tipo de los cuales solo había, lamentablemente, pocos.

Mientras que los antioqueños por un lado eran conocidos —e incluso estaban orgullosos de serlo— comerciantes perspicaces y astutos, por el otro lado se consideraba como sobrentendido que la palabra, una vez dada, debía ser mantenida bajo cualquier circunstancia. No se consideraba *smart* (inteligente), y no era una hazaña, si un hombre no se hacía cargo del pago de sus deudas.

Como ejemplo de esto quisiera aducir que una vez logré cobrar una deuda con diecisiete años de antigüedad, por parte de la empresa Esser & Co., en Solingen, a un Jesús M. Sánchez, en el aquel entonces muy remoto pueblo de Zaragoza. El hombre, que había perdido su fortuna por el retroceso de la minería aurífera en su región, solo hubiera tenido que dejar sin respuesta mis cartas y el asunto quedaba terminado. En lugar de eso, me escribió varias veces que la empresa Esser & Co. siempre lo había tratado muy correctamente, que él no se había olvidado de la deuda en ningún momento y que la pagaría apenas pudiera vender una de las pequeñas minas de oro que tuvo que aceptar como pago, las que representaban toda su fortuna. También vino algunas veces personalmente al banco y repitió sus garantías. Después de haber estado yo en contacto con él varios años, cuando en realidad vendió una mina, no al contado, sino a largo plazo, vino al banco y me transfirió el documento de venta. ¿Por qué se esforzaba este hombre ya mayor, al que no le iba bien, en pagar la vieja deuda? No buscaba nuevas ventajas ni en el banco, ni en la empresa Esser & Co., y ni esta última, ni yo, hemos vuelto a saber de él. Por lo tanto, no hubo razones materiales; el hombre era simplemente honesto y honorable.

Esos años, quizás hasta comienzos de 1926, fueron probablemente los más hermosos de mi carrera profesional, aunque en años posteriores, en lo

que respecta a mis ingresos personales, estuve a menudo mucho mejor posicionado. Pero en aquel entonces era un honor ser banquero, una posición de confianza, y solo era controlado por la opinión pública. Los clientes no esperaban únicamente ayuda crediticia, sino también consejo e interés en sus asuntos. El tratamiento impersonal de los negocios de un cliente fácilmente hubiera sido interpretado como una falta de respeto. Había que tener muchísima paciencia y tiempo para todo. Creo que el banco hizo cuanto se podía esperar de una institución de crédito para satisfacer la confianza puesta en ella. En todo caso, no faltaban los más diversos reconocimientos públicos. ¡Era con frecuencia “el paño de lágrimas”!, como dijo una vez Enrique Mejía O., el presidente de la Cámara de Comercio de aquel entonces.

Las ventas, que aumentaban en forma considerable y permanente, también aumentaron nuestro intercambio internacional, en especial con Nueva York. La concesión con la cual éramos tratados desde 1923 por la Equitable Trust Co. llamó la atención de otros bancos y los motivó a entrar en contacto con nosotros y ofrecernos créditos, en vista de lo cual los consejos de supervisión en Medellín y Bremen decidieron que después de mi viaje de vacaciones planeado para 1925 a Alemania, visitara Nueva York y tratara de ampliar y estrechar nuestra conexión con los bancos locales.

Para poder tomar impresiones tan frescas como fuera posible, hice aun una gira por todas las sucursales y visité también las minas de plata de Marmato, pertenecientes al Gobierno colombiano y alquiladas a una sociedad inglesa, cuyas exportaciones de minerales eran financiadas en aquel entonces por nosotros. Los jefes de las minas habían expresado el deseo de que yo visitara su oficina principal en Londres. Las minas estaban ubicadas en una ladera montañosa de fuerte pendiente, en la ribera oeste del Cauca, más o menos a medio camino entre Medellín y Manizales. Estaban equipadas con excelentes máquinas modernas, pero todavía no eran muy productivas. Hice el viaje hasta allí, junto con un joven inglés, en un día, gracias a que cambiamos una vez nuestras cabalgaduras por el camino, en el puente La Pintada, del Cauca. Habitualmente este trecho del viaje, en parte muy caluroso, en parte muy montañoso, requería un día y medio o dos de viaje.